

TIQUISMIQUIS

1	Hace algunos meses se quejaba el articulista que me precede en estas páginas ¹ de las crecientes dificultades con que tropezaba al tratar de emplear ciertos recursos expresivos que el lenguaje ofrece. Siempre hay alguien dispuesto a hacerse el ofendido, considerando que el uso figurado de tal o cual palabra constituye una imperdonable agresión.
5	También yo recibo, cada vez que publico un artículo en el que utilizo un registro lingüístico distinto del puramente enunciativo, cartas <u>iracundas</u> de lectores que me reprochan tal o cual término, que consideran hiriente. Hace unas semanas se publicaba en esta revista una carta de una asociación de epilépticos en la que se me afeaba el empleo de un símil, por considerar que menospreciaba a quienes padecen esta enfermedad. En un artículo, para describir la risa forzada y convulsa de unas pijas californianas, escribía yo que parecía la risa “de un ventrílocuo epiléptico”. La imagen podrá ser más o menos brillante; pero a nadie se le escapa que se trata de un recurso retórico en el que sólo mediante interpretaciones <u>torticeras</u> puede detectarse un propósito <u>denigratorio</u> . El uso figurado del lenguaje no es privativo de la expresión literaria; también la expresión coloquial lo admite sin empacho: así, por ejemplo,
10	cuando decimos que tal comportamiento es pueril o que tal argumentación es coja, no pretendemos <u>escarnecer</u> ni a los niños ni a los cojos. Sabemos, desde luego, que el comportamiento de los niños es a veces mucho más <u>cabal</u> y lógico que el de los adultos; y, por supuesto, ni se nos ocurre pensar que los cojos tengan mermadas sus capacidades argumentativas... En cierta ocasión, comparé a quienes son incapaces de penetrar en el
15	sentido figurado de un texto literario con el huésped al que franquean la puerta de un aposento y se contenta con deslizar la mirada sobre sus paredes monótonas, sin molestarse en apartar los postigos de la ventana que se abre a un paisaje de incalculable amenidad. El lenguaje literario es un pájaro que vuela libre, evadido de la jaula donde las palabras <u>crían michelines</u> , hartas de decir siempre lo mismo.
20	
25	Huelga decir que jamás renunciaré al uso figurado del lenguaje. En esto sigo el magisterio del gran Fiódor Dostoievski, quien, por cierto, era epiléptico.
	JUAN MANUEL DE PRADA, <i>XL Semanal</i>

¹ Se refiere a Arturo Pérez-Reverte.

SABER PARA SABER

1	No se ha inventado nada mejor que el libro para transmitir conocimientos, dudas o sensaciones. El libro es de fácil transporte, de uso rapidísimo y de gran <u>versatilidad</u> decorativa e instrumental. Un libro sirve para calzar una mesa que trastabillea, pero también se puede usar de cofre de emocionantes trofeos amorosos: cartas, rosas marchitas o esa
5	porquería romántica de los mechones de cabello de la amada. En el libro no hay únicamente letras, sino que también es –en tanto que objeto– sujeto de literaturas jamás escritas.
10	Hubo un tiempo en el que los chicos y las chicas solían pasear con un libro bajo el brazo. Ese libro no era para leer, sino para pasear, y cumplía las funciones de un complemento parecido a los pendientes o al bolso de mano. Llegaba el supuesto lector a un bar y lanzaba el libro, siempre de cara, sobre el mármol de la mesa. El libro era entonces una bandera que marcaba el territorio y que anunciaba la profunda personalidad de su portador.
15	Aquellos portalibros de entonces se quejan hoy de que sus hijos no les leen. Lo dicen en dativo porque ya se sabe que todo lo que hagan los hijos va a ser usado en contra de los padres. De la misma manera que se dice “el niño no me come”, también se insiste en que “mi hijo no me lee”. Y aquí hay algo que falla porque la industria editorial está más eufórica que nunca, las librerías se llenan de novedades y las novedades envejecen en una semana. Más cosas que fallan en el análisis. Ese hijo que no nos lee, sin embargo, sabe bastantes cosas: identifica cantantes, conoce países en los que nunca ha puesto los pies, sabe descifrar lenguajes tecnológicos y responde a las preguntas de los concursos televisivos. Cuando el
20	padre, llevado por la legítima curiosidad del saber, le pregunta que cómo sabe todo lo que sabe, el hijo responde con <u>displuencia</u> y murmura algo así como “pero hombre, papá, eso lo sabe todo el mundo”.
25	Y esa es la sorpresa de este fin de siglo. Se supone que ya nadie usa los libros para hincar los codos. Se supone que el vídeo ha matado a la estrella de la poesía y del ensayo. Pero, en cambio, el nivel cultural ha aumentado y en cada vagón de metro florecen media docena de libros abiertos. Habremos de cuestionarnos si el libro es el único objeto de transmisión de los conocimientos. El saber ya no está exclusivamente en los libros. El saber está en el aire y en el espíritu de cada cual.
30	A los padres cascarrabias que se quejan de que sus hijos prefieren la pantalla de <i>Zelda</i> a las obras completas de Baroja habría que quitarles el miedo. Estamos tan anclados en el pasado, que todavía creemos que los libros sirven para ligar y que dos horas de ajedrez o de parchís son más formativas que la <i>Nintendo</i> o la <i>Play Station</i> . A los que nos dedicamos a la cosa de escribir nos duele imaginar que vamos a un mundo sin lectores. Pero no es del todo cierto. Si para que el hijo nos lea hay que introducir el libro doblado, las ganas de leer van a quebrarse para siempre. Dejemos de nuevo el libro sobre la mesa del café. Que sea el libro el que les llame. Si tanto saben, sabrán que quieren saber más.
35	

JOAN BARRIL, *El dominical*